

CÓMO TIENE ÉXITO EL PSICOANÁLISIS



TEXTOS DE ORIENTACIÓN
hacia las #32 Jornadas Anuales de la EOL

Mutaciones de goce

Jacques-Alain Miller



Mutaciones de goce*

Jacques-Alain Miller

¿De qué está hecho el psicoanálisis? De experiencia y de teoría. En todo caso, esta es la respuesta que se me ocurrió y que acepté.

Opacidades

En primer lugar, la experiencia, que es la que hago todos los días como analista, tiene cierta objetividad. Y es que en este campo que abre el hecho de recibir como analista a gente que quiere hacer un análisis, o que cree querer hacerlo, suceden cosas. Aunque no lo creen del mismo modo cuando llegan que cuando permanecen en este, para ellos ese campo existe y para mí también. En la experiencia se presentan lo que llamamos –sin reflexionar mucho– fenómenos, que es otro modo de decir que *ocurre algo* que aparece en el momento, que aparece más tarde, o que se dice más tarde que cuando apareció en la vida de esas personas. Por otra parte, de un modo general, se lo suele decir más tarde.

En términos de fenómenos, el fenómeno esencial es el que llamamos transferencia. Si no quiero hacer teoría al hablar de la experiencia, ¿qué digo a propósito del fenómeno de la transferencia? Como ven, ensayo una fenomenología elemental, y digo que es un fenómeno de *apego*, desviando el término de Bowlby. El paciente se apega al analista, lo que no significa que lo ame. Puede amarlo, pero no se trata de eso. Digamos más bien que el paciente se apega al análisis, a lo que hace allí, aunque lo que hace implique una parte de lo que no hace, conforme a las expectativas –si las hay– del analista. Y por estar en análisis debemos suponer que extrae cierta satisfacción, la *satisfacción del analizante*, que bien puede expresarse en términos negativos del tipo: *No sé lo que hago aquí, Pierdo mi tiempo, Le hago perder el suyo* (estos son los compasivos). Sin embargo, no podemos no suponer que está operando una satisfacción.

Se apega, pues, al inconsciente. En ciertos casos, es totalmente palpable el gusto por descifrarse, y hay algunos –no todos– que se mantienen en análisis por ese gusto. Quizás podamos decir que se apegan al hecho de hablar en análisis, al hecho de hablar como pura pérdida –o aprovechando el impulso–, fuera del utilitarismo que preside la vida social. Hay quien obtiene esta satisfacción fastidiando a sus amigos con conversaciones infinitas. Cuando habla con los amigos, uno trata de destacarse y luego hay que escuchar a los amigos, en general, hacer lo mismo. Pero, finalmente, existe una relación de satisfacción. A veces uno les habla a los amigos de su análisis, lo que por otra parte no es aconsejable... Freud insistía en que había que guardar para sí lo dicho en análisis, y yo por mi parte no dudo en repetir este consejo de no rebajar lo que tiene lugar allí volviéndolo un tema de conversación. De todos modos, reconozcamos que esto no carece por completo de relación.

Existe asimismo un apego a hablar sin tener respuesta, a hablar de algún modo completamente solos, como yo aquí –por otra parte, es un poco lo que hago hoy, una asociación libre, apenas preparada–. Hablar solo delante de alguien es muy especial y equívoco, porque está el completamente *solo* y está también el *alguien*. Entonces, inevitablemente, nos vemos conducidos a preguntarnos qué representa ese alguien. Si se quiere, representa a la humanidad, el discurso universal, el lugar del Otro. Incluso, puesto que hablaba de fenomenología, representa la conciencia reflexiva. En cambio, la palabra en análisis debe obligarse a ser irreflexiva, justamente, a lo que llamamos asociación libre.

En definitiva, esta palabra irreflexiva es lo que denominamos inconsciente. Hay una estrecha relación entre la asociación libre y el inconsciente, puesto que se hace de aquella el modo electivo de acceso a este. Pero es muy simple porque en el análisis, y a través de lo que el analista modula, escande, subraya, hay un llamado a reflexionar sobre la palabra irreflexiva.

La asociación libre se asocia con la atención provocada. Como recordarán, Lacan menciona la función de la atención en su “Prefacio a la edición inglesa del *Seminario XI*”. Decimos *asociación libre*, invitamos a ella, pero también a *prestar atención* a lo que se les ocurre a causa de esta.

Hay por lo tanto un embrollo entre lo reflexivo y lo irreflexivo, que resulta además muy evidente en el análisis de esos a los que llamamos obsesivos, que experimentan una gran dificultad en entregarse a lo irreflexivo, que viven sus palabras

—que entregan en el análisis— como un modo de reflexión. Tuve un paciente que en su análisis no me hablaba más que de su análisis; es decir que su análisis estaba hecho de consideraciones sobre su análisis. Así le llegaba su asociación libre, como una reflexión sobre su análisis —y ese era su análisis—. Están también los que durante un tiempo piensan que no tienen acceso a la asociación libre a causa de su modo de hablar. *¿Estoy asociando libremente, señor?* Esta pregunta traduce lo que experimentan como una obligación de reflexionar, de pensar en diferido. Y hay otros a los que en efecto la palabra les llega naturalmente en párrafos, lo que no le quita nada a la experiencia, aunque algunos se lamentan. Sin embargo, hay que esperar el tiempo necesario para que los párrafos comiencen a deshacerse y los sujetos terminen por no saber ya lo que dicen.

Este no es un problema que se plantee en la cura de los sujetos que denominamos histéricos, donde lo irreflexivo está a flor de piel —a flor de lengua, podríamos decir—, pero se manifiesta, llegado el caso, en el acto o al menos en el actuar. El análisis de un sujeto histérico está escandido por sus actuaciones, que hay que tomar por otra parte como vagidos, si me permiten, y sólo después plantearse una pausa para reflexionar sobre lo que el sujeto hizo o lo que le sucede.

Entonces, hay una idea que preside el ejercicio —y que viene del momento actual del discurso universal, cuya genealogía sociológica es posible realizar—, la idea es lo que se dice, aunque pese a todo no es claro, ya que —un paso más— lo que se dice en análisis quiere decir otra cosa. Y esto constituye la atmósfera del análisis; es decir que hay que vérselas con una opacidad. La palabra no hace sino traducir el *eso no es claro*, y la opacidad se presenta de diferentes modos: puede ser la neblina, el avanzar a tientas a medida que las formas se diluyen, la oscuridad; puede ser el laberinto de contradicciones, o estar marcada por la perplejidad. Pero esta opacidad está siempre en la palabra analizante, la constituye como tal, hasta tal punto que si no aparece como fenómeno, de una forma u otra, podemos decir que no se está en análisis.

Todo esto se resume en la fórmula *yo no sé*. Lo que llamamos sujeto del inconsciente emerge en la conciencia, o al menos en el dicho, en formas que se dejan reunir bajo la rúbrica *yo no sé*.

Sin duda, todo esto resulta demasiado simple, pero es a lo que apunto —esto es, al ras del fenómeno—, porque, según constato, hasta el presente, este año no me

apoyo en referencias, no las apporto, salvo las que tengo en la punta de los dedos, y asocio libremente o casi. No apunto a construir, sino más bien a describir, a acercarme a lo que es, a lo que hay.

Y sea cual fuere el carácter solamente esbozado de lo que me vino como respuesta a esta fenomenología de la experiencia, este le da sentido al hecho de que con este punto de partida se producen transformaciones en el sujeto en análisis. Su discurso, la articulación de sus dichos –que llamamos discurso–, se transforma. Se sucede lo que se le presenta como revelaciones, y tenemos pese a todo el eco de lo que en su vida –entendida como todo lo que hay fuera de la sesión analítica– algo cambia, según constatamos por sus dichos, su testimonio.

Lo que se repite, llegado el caso, se interrumpe, y es del orden de la necesidad para un sujeto. Para decirlo en términos de Lacan, la necesidad es lo que no cesa de escribirse (referencia a la escritura como soporte de un programa). Y constatamos que hay movimientos, que de la necesidad emerge la posibilidad; o sea que eso cesa de escribirse y así se abre en la vida del sujeto un vacío donde algo ya no está escrito.

Tenemos también el eco de que los imposibles pueden ceder, los obstáculos. Lo imposible en términos de Lacan es lo que no cesa de no escribirse, y aquí observamos franqueamientos, un pasaje a la contingencia, al régimen de lo que cesa de no escribirse. Y uno se encuentra probando su capacidad para hacer lo que antes le parecía fuera de discusión.

Estos son los fenómenos, los de movimiento y los de franqueamiento, una vacuidad que aparece, una transgresión que se efectúa. El resorte de estas transformaciones, que son discretas o espectaculares, que el sujeto celebra o, llegado el caso, desconoce –porque ya no recuerda siquiera dónde estaba, y el analista es la memoria–, ese resorte que logramos aislar es simplemente que se puso a dicho paciente en la posición de *yo no sé*. Se tiene la sensación de que así llega a esos movimientos, a esos franqueamientos. En definitiva, podríamos decir que ser analista es lograr poner a la gente que se lo solicita en su carácter de tal en la posición de *yo no sé*.

Entonces, alguien que consulta a un *psí* ya llega no sabiendo lo que le ocurre –y a veces los médicos tampoco–. Pero, justamente, la psicoterapia, a diferencia del psicoanálisis –aun cuando se la crea su pariente cercana–, independiente del psicoanálisis, consiste en volver a poner al sujeto en la posición de *yo sé*. Esto es muy claro, aunque más no sea porque se hace un contrato terapéutico con él: se convie-

ne, en general, el tiempo que va a durar el tratamiento –pero esto no es lo esencial–, se confía en el postulante para describir su síntoma, y se llega a un acuerdo de que harán desaparecer eso de lo que se queja, haciendo esto o aquello, y ordenándole, llegado el caso, completar el tratamiento (en fin, forma parte de la psicoterapia que se piense también fuera de los encuentros y que marque las opciones como es debido). Por lo tanto, en la psicoterapia el paciente de entrada está afectado por el índice él sabe, y súbitamente el terapeuta –que enseña los trucos que hay que hacer– está también en posición de *yo sé*. Entonces, inmovilizado entre los dos *yo sé* ligados contractualmente, ¡el síntoma no puede más que mantenerse!

Mientras que en el psicoanálisis lo que prevalece es verdaderamente un *yo no sé*; se recibe el *yo no sé* y luego se lo provoca allí donde no está constituido. Y no hay que creer que debido a la fórmula del sujeto supuesto saber el analista esté en lo más mínimo afectado por el índice *yo sé*. Lacan aclara muy bien que tanto el analista como el analizante están del mismo lado en relación con el inconsciente, a saber, reclamando que la puerta se abra.

El inconsciente es el lugar del saber, es el lugar del *eso sabe*, que no es en modo alguno lo que constituye la posición del analista, salvo cuando se lo identifica o él se identifica con ese lugar. Pero lo que lo sostiene, al contrario del psicoterapeuta, es el trabajo del *yo no sé*.

Si consideramos el resorte esencial de la experiencia, el resorte de los fenómenos que se producen en ella, nos referimos a la *actitud analítica*. No digo *posición*, que supone que los términos respecto de los que nos colocamos sean definidos, localizados; tomo esto incluso fuera de estas coordenadas. Digo *actitud* en el sentido en que Bertrand Russell hablaba de actitud proposicional. Las actitudes proposicionales russellianas constituyen las diferentes modalidades en que una proposición puede ser afectada: *creo que, pienso que, sueño que*. Estas son las actitudes. Y hay una actitud del analista relativa a lo que articula el analizante, y que lo pone a este en un lugar en que se le puede decir: *Tú eres yo no sé; Eres un yo no sé, Lo que dices no tiene verdad en sí mismo*. Pero sea cual fuere la altivez, la arrogancia, la suficiencia, la infatuación del analista, en la operación, resorte de la experiencia, no equivale a un *yo sé*, no equivale en absoluto al *yo sé* que encontramos en el ejercicio de la psicoterapia. Cuanto mucho podemos decir que el analista está un paso adelante, y que hace cuentas; es la memoria, como señalé, y es el cálculo.

Cuando hacemos teoría, se ubica al analista como un tipo de objeto, ese que faltaría al sujeto que habla. De modo que para tratar de captar la raíz del apego que les comentaba, nos vemos conducidos a suponer que el analista representa un objeto que completa una falta presente en el sujeto que habla. De ahí que se lo vuelva el *lugarteniente* de lo que sería el objeto esencialmente perdido. Podemos decir *el objeto perdido de todo ser que habla*, en la medida en que ponemos en juego el hecho de que hablar, más que mostrar, hace desvanecerse la referencia, en que, como dice Lacan de manera romántica, la palabra es el asesinato de la cosa. Por eso, todo ser que habla no encuentra la referencia. Pero, precisamente, es el objeto perdido *del neurótico*, un objeto que, por el contrario, no falta al psicótico, quien, según Lacan, tiene el objeto *a* en el bolsillo.

Sin entrar en la teoría, de la que trato de reconstruir cómo puede nacer a nivel de la experiencia para dar cuenta de lo que yo llamaba apego, que explicamos hablando de complementación, suponiendo que el sujeto tiene una falta que el analista colma, o que su relación de palabra con el analista colma. Pero sin ir más allá en la teoría, permaneciendo en esta fenomenología elemental que mencionaba, la experiencia parece indicar –en todo caso, esta experiencia– que el pensamiento no tiene autonomía, que depende siempre de la pérdida del objeto. Esta proposición se prestaría sin duda a muchos desarrollos porque, por ejemplo, cuestiona la *actitud filosófica*. Publiqué hace tiempo las respuestas de Lacan a los estudiantes de filosofía, texto que encuentran en la recopilación de los *Autres écrits*, donde señala que hay un error al comienzo de la filosofía, pero no dice cuál. Y yo durante mucho tiempo busqué cuál era ese error, sobre todo en esa época en que, no diré que era filósofo, pero que estaba en la escuela de los filósofos. Y bien, creo que este error se refiere a la autonomía del pensamiento, y que el psicoanálisis conduce por el contrario a hacer depender el pensamiento de una pérdida, porque es de alguna manera lo que está representado en la experiencia misma. Quizás en otro momento desarrolle esta proposición.

Entonces, la experiencia depende de la actitud analítica, es en ello el producto de una práctica. Ser analista es quizás primero saber adoptar la actitud analítica, que es la condición del acto analítico, para que la experiencia pueda decirse psicoanalítica. Quiero decir que no hay más que la actitud, que no hacen más que adoptar actitudes; ustedes hablan, hacen lo que llamamos una *interpretación*. Y la interpre-

tación apunta, en primer lugar, al sujeto en su *yo no sé*. En todo caso, es lo más inmediato. Cuando sabe, no hay que interpretarlo. No se interpreta un teorema de matemáticas, o se lo interpreta en el sentido matemático, cuando se lo lleva a otra dimensión o cuando se hacen variar sus términos. Cuando hay *yo sé* no existe lugar para la interpretación, es el *yo no sé* el que le da su lugar.

Entonces, ¿la interpretación hace suponer el saber de aquel que la realiza? Una interpretación *hace ver*, permite al sujeto *eso-ver* [ça-voir] o *saber* [savoir], y podría incluso decir –pero sería teoría muy avanzada– que le permite *ver el ello* [voir le ça]. El saber del que se trata es ver el ello, en el sentido en que Lacan afirma que la interpretación apunta al objeto *a*. Pero esto no está a nivel de lo que aparece de inmediato, que es que apuntamos al *yo no sé*. Por debajo, en efecto, se apunta al ello.

¿Dónde se hace la teoría?

Ahora, la teoría. En esto me basé en la experiencia tratando de atraparla como un ingenuo. ¡Es difícil hacerse el ingenuo después de tantos años de análisis y de práctica del análisis! Evidentemente, no lo logro... En fin, no demasiado aún.

¿Cuándo se practica el análisis todos los días uno está actualizado con la teoría? No hay tiempo. Y además, ¿dónde se hace la teoría? Yo me mantengo al corriente de la que yo hago, ¡lo que ya es bastante! No logro estar siempre al corriente yo mismo... Por lo tanto, a partir de cierto momento, para los analistas que practican, la teoría está en el pasado. Experimentan ternura hacia esta; es su juventud, cuando no sabían cómo hacer. Pero después se retrocede –porque llegaron, a su manera, a obtener la actitud analítica. Y en el fondo, cuando lo consiguen, hay una satisfacción.

Lacan habla de la satisfacción que marca el final del análisis, pero esto no es más que el comienzo. Está también la profunda satisfacción que marca la dirección de esta práctica, y es una satisfacción que arrasa con todo, es una satisfacción que hace de la teoría la enfermedad infantil del psicoanálisis. Lacan dijo sobre el tema muchas cosas que leí y cuya justeza constato ahora con la distancia, con el tiempo transcurrido. Dejo esto de lado, es el capítulo: *Sátira de los psicoanalistas*.

En el psicoanálisis, la teoría es esencialmente un comentario de la experiencia. Freud tiene sin duda un lugar aparte porque en él la teoría dio nacimiento a la experiencia. En efecto, fue necesaria su formalización para delimitar el campo de esta. A mí me parece que cuando miramos de cerca, vemos que primero existió

la experiencia y después, su teoría. Freud cambió mucho su laboratorio, su cultivo de gérmenes, y luego se produjeron cierto número de cosas que intentó explicar. El descubrimiento del psicoanálisis por Freud es un poco como el descubrimiento de la penicilina por Fleming. Como saben, Fleming tenía su cultivo cerca de la ventana, el viento trajo más gérmenes, miró lo que pasaba, y luego ¡ya está! El psicoanálisis también está marcado al comienzo por cierta contingencia, por cierto número de encuentros que tuvo Freud. Efectivamente, se necesitaba que él mismo ya fuera un buen cultivo. Pero se podría defender también la primacía de la experiencia en su invención. Esta tiene un lugar aparte, ya que las experiencias contingentes que vivió, sus buenos encuentros con histéricas vienesas, lo llevaron a dar forma a la teoría.

Pero solo hay una teoría: la suya. Si se pudo decir –fue el compañero de Bertrand Russell, Whitehead– que toda la filosofía eran comentarios al margen de Platón, es posible plantear que toda la teoría psicoanalítica son comentarios al margen de Freud. Lacan nunca pretendió otra cosa, y por lejos que haya llegado con la topología, con los nudos, siguen siendo comentarios de Freud. Llegado el caso, es también cómo hacer callar a Freud, cómo no dejarse sugestionar por Freud, cómo no dejar que la teoría de Freud interfiera demasiado en lo que ocurre en la experiencia. De todos modos, me parece que la esencia del asunto son los comentarios.

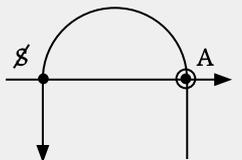
Este tema me da pie para decir dos palabras sobre el punto en que me encuentro en relación con Lacan. Evidentemente, como todo el mundo, durante mucho tiempo me dediqué a captarlo simplemente por fragmentos. Lo mío fue bastante exigente, esto es, captarlo por seminario, captarlo por texto, captarlo por párrafo, captarlo por frase... ¡Hay muchas frases en Lacan! Por lo tanto, estuve entretenido largo tiempo. Captarlo por fragmentos y captarlo en su conjunto me permitió operar algunas simplificaciones, algunas reducciones, hacer trabajar algunas partes posteriores de su obra sobre partes anteriores. Y de este modo, se engendraron muchos fenómenos. Pero observo en mí cierta distancia lograda a fuerza de masticar la cosa, y que quizás ahora me da más libertad para captar la lógica de esta enseñanza y lo que fue su dinámica. No se trata de una distancia en relación con esta enseñanza, sino de medir la distancia de esta enseñanza en relación con la experiencia, y su esfuerzo para reducir esta distancia, que es justamente lo que intento reconstruir este año en este curso.

¿Cómo decirlo del modo más simple? Lacan llegó a la teoría de Freud con un invitado, la lingüística, que introdujo por la fuerza. Entonces explicó, por supuesto, que ya estaba anunciada en Freud. Pero la lingüística, su aparato conceptual, no está presente en él –no más que la lógica matemática, que se volvió sin embargo, de manera contemporánea, soporte de las elucubraciones de Wittgenstein–. Llegó con la lingüística siguiendo los pasos de Lévi–Strauss, que se valió de Jakobson –a quien frecuentó en Nueva York durante la guerra–, para poner en forma y renovar la antropología. Y en su estela, detrás de Jakobson, está la referencia a Saussure.

Lacan emprendió la tarea de hacer lo mismo. Y podemos decir también –yo lo dije– que estaba prefigurado en Lacan, que él esperaba una teoría del sentido, que se refirió a esta desde su tesis de psiquiatría. Pero cuando empieza su enseñanza, introduce la lingüística. Por lo tanto, aporta la estructura de lenguaje –él mismo la simplifica para sus fines, la formaliza, $\frac{S}{s}$, que figura en “La instancia de la letra...”– despojada por la lingüística estructural, y afirma que el inconsciente tiene esa estructura.

Sin embargo, no se limita a eso, porque en esta ocasión recicla un saber que él mismo había adquirido antes de la guerra, con Kojève. Asocia, pues, la estructura de lenguaje heredada de la lingüística estructural con una noción de palabra que elabora a partir de Hegel. Así, el título de su gran texto inicial “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” supone en el fondo el casamiento de Saussure y Hegel.

Lacan completa, por lo tanto, la estructura del lenguaje con una estructura de la palabra, construida sobre el concepto hegeliano–kojeviano de reconocimiento. Y llega a unir las piezas referidas a una estructura única, a la que da la forma de un grafo.



En este acopla las dos estructuras, bajo la influencia –no mencionada por otra parte– de Heidegger, porque este esquema refleja la noción que figura en *El ser y el tiempo* de prevalencia del futuro en la temporalidad. Si tenemos el vector cronológico, a partir de un punto situado en el futuro, relacionado con el instante presente, el vector significativo ubica su punto de inicio.

Lacan utilizó este esquema heideggeriano de la temporalidad, pero que simplificado resultó que recubría exactamente el esquema de la homeostasis, que se despejó en esa época. Además, una vez destacado de este modo, vemos que la noción freudiana de la retroacción –que figura en “El hombre de los lobos”– se deja representar también así. Luego, sobre el mismo esquema convergen estos tres vectores. Heidegger, los robots inteligentes elaborados en los años cincuenta y luego la retroacción freudiana.

Lacan realizará la hazaña de situar a la vez la estructura de lenguaje, que ubica en A, y al mismo tiempo, el esquema del intercambio de palabras, con el sujeto y su interlocutor, etc. Llegar a representar de un modo unitario múltiples funciones es la hazaña que se lleva a cabo en sus seminarios 5 y 6.

No voy a entrar en el detalle genealógico. Me conformo con decir de este punto de partida, palabra y lenguaje, que cuando se hace operar esta pareja de conceptos en la teoría freudiana, resulta un corte que está presente en Freud mismo, pero que aquí se vuelve saliente: o sea que lo que es del orden de la pulsión (el registro del ello, la *Befriedigung*, la satisfacción, la libido) es otra cosa.

Antes de Lacan ya se había señalado la diferencia entre la primera y la segunda tópicos, se había notado que Freud se vio llevado a modificar sus concepciones iniciales presentando otra configuración esencial de su teoría. Por lo tanto, era una evolución, y el cuerpo de psicoanalistas había elegido la segunda tópica, esto es, considerar que representaba un progreso que justificaba dejar de lado la primera. De modo que ya antes de Lacan se tenía la idea de una jerarquización en la teoría de Freud.

Pero Lacan se destacó eligiendo de manera inversa a todos los demás, al menos, a la mayoría de la comunidad psicoanalítica internacional. Y es que por privilegiar palabra y lenguaje, prefirió la primera tópica en detrimento de la segunda, salvo que lo que marcó la dinámica de su enseñanza durante el tiempo que duró fue tratar –digámoslo en los términos que utilicé– de retraducir la segunda tópica en los términos de la primera, de no sacrificar una en beneficio de la otra, sino de repensar la segunda a partir de la primera, o sea, de repensar la teoría de las pulsiones a partir del desciframiento del inconsciente.

En su seminario, lo vemos luchando con un problema que asume cada semana una forma diferente, pero que en el fondo es el mismo: dar cuenta en términos de palabra y lenguaje de lo que concierne al *goce* –para utilizar el término que él mis-

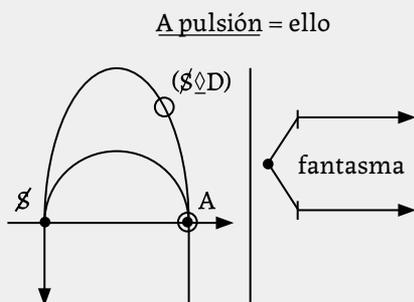
mo eligió—. Si los seis primeros seminarios son la base de su enseñanza, es porque llega a una solución que consiste en decir que *la pulsión es una cadena significativa*, solo que los significantes se toman del cuerpo, son significantes orgánicos.

Tanto es así que dio a su grafo un segundo piso, el de la pulsión, que escribe como una modalidad de la relación del sujeto con una demanda enunciada (en vez de desaparecer en la demanda, el sujeto figura en esta), e introduce un término con el que hace tiempo me rompí la cabeza: indica que esto inscribe la pulsión como *tesoro de los significantes*, lo que en la continuación del texto en verdad no se comprende.

Solo se entiende si captamos que, con esta sigla rara, trata de escribir el *Otro de la pulsión*. Porque, en efecto, llamaba al Otro tesoro de los significantes y sitúa el equivalente de ese Otro a nivel de la pulsión escribiéndolo de esta forma, como si existiera tal equivalente en ese nivel. De algún modo figura en su esquema la escritura del ello freudiano.

La verdad es que hay un primer nivel que es la cadena significativa de la palabra fundada en el Otro del lenguaje, y hay otro orden, el del goce, que Lacan concibe como pulsión –cadena significativa–. Construye por lo tanto esto en homología, y esta división da la dinámica de toda su enseñanza.

En la época en que dibuja este esquema y lo convierte en escrito, en 1962, otorga un lugar distinguido a lo que llama fantasma, es decir, lo ubica entre estos dos niveles y hace de él, de alguna manera, el gancho de ambos.



El fantasma adquirirá un lugar determinante en la enseñanza de Lacan, hasta ser en sus seminarios 14 y 15 la clave de lo que denomina pase. Si, a partir de lo que llama lógica del fantasma, elabora el fin del análisis como pase, es porque seleccionó en Freud el concepto de fantasma como el lugar de elección donde se cruzan el lenguaje y el goce.

Podría tomar de su texto “Kant con Sade” el bello adjetivo que figura allí con otro propósito, para decir que el fantasma es un *amboceptor*, con un término que no es de uso corriente. *Amboceptor* tiene la misma raíz que *ambivalente*, esto es, *para los dos*; de modo que está enganchado, capta los dos lados.

Y ya en Freud el fantasma expone una conexión completamente especial entre el lenguaje y la satisfacción. Por lo tanto, rápidamente Lacan lo seleccionó como el lugar de elección de esa paradoja que constituye la unión del significante y el goce. Porque el fantasma freudiano es primeramente una frase: “Pegan a un niño” atañe a lo simbólico. En segundo lugar, es una escena (solo se habla de fantasma cuando hay una representación), y por lo tanto concierne a lo imaginario. Y al mismo tiempo es una condición de goce, lo que –digámoslo rápidamente– implica el registro de lo real. En otras palabras, el fantasma ya nombra un nudo de lo simbólico, lo imaginario y lo real, y es, en especial, la conexión de lo simbólico y lo real, del significante y el goce.

Correlativamente, surge la idea de un atravesamiento posible, de que pueda cesar de escribirse. Este atravesamiento es un desanudamiento, una desconexión entre el significante y el goce. Y en este sentido la teoría del pase en Lacan se anuncia desde los primeros retoños, desde los primeros brotes de su enseñanza... Es como los *google maps*, donde vemos de muy cerca y luego apretamos los botones y vemos cada vez más lejos... Luego, creo que no doy los detalles exquisitos de la enseñanza de Lacan, sino en el fondo, la línea de relieve que permite completar.

Podría introducir en mi fenomenología elemental de la experiencia lo que se nos presenta en esta forma compacta del fantasma. Por regla general, hay en los sujetos neuróticos –¿es una frase?– una breve historia, una representación imaginaria, que es el soporte del goce, o bien solitario, como se dice, o incluso en el acto sexual con un *partenaire*. En efecto, está presente, aunque lejos de ocupar todo el análisis; es un fragmento, un episodio, que además tiene sentido que no surja tan fácilmente. Hace tiempo, al comienzo de mi tentativa de orientarme después de la muerte de Lacan, lo había examinado cuidadosamente: el silencio que lo rodea, la dificultad de la confesión, el punto exquisito que representa ese fantasma. Comencé pues *del síntoma al fantasma*.

Es propio de Lacan haber seleccionado esto para hacer el punto exquisito de la cura psicoanalítica. Evidentemente no funciona sin una extensión del término, un

poco alejado del episodio preciso de la pequeña historia que hay que contarse para gozar. Pero en el fondo tenemos aquí el punto lógicamente privilegiado donde se conjugan la primera y la segunda tópicos, donde se conjugan lo que es lingüística y lo que atañe al *no todo lingüística*.

Andar bastante mejor

Me falta indicar el relieve donde se inscribe la última enseñanza de Lacan. Pues bien, simplemente extiende al síntoma ese privilegio del fantasma. Destaca que la conexión del significante con el goce no solo es verdadera para el fantasma, que el menor síntoma en el sentido freudiano, que el sujeto que lo elabora testimonia, es también un lugar donde el significante y el goce están adheridos, conectados. Y Freud, en “Inhibición, síntoma y angustia”, destaca el carácter de satisfacción incluido en el síntoma a propósito del síntoma obsesivo.

Por lo tanto, la dinámica propia de la enseñanza de Lacan lo conduce a singularizar el fantasma, a seleccionar entre todos los conceptos de Freud ese, el quinto concepto fundamental del psicoanálisis –pensado a partir de Freud–, a seleccionar el fantasma como el lugar de elección de esta juntura, y el final de su enseñanza lo lleva a destruir este privilegio o a extenderlo al síntoma.

Entonces, el carácter amboceptivo del fantasma se destaca en la fórmula que Lacan había elaborado, que conjuga (\diamond) el sujeto de la palabra ($\$$) con el objeto a . Y este carácter amboceptivo se refleja en la conexión establecida entre este objeto que yo diría –empleando una expresión ya tardía de Lacan– condensador de goce y ese sujeto barrado, ese sujeto cuya barra proviene de lo que Lacan llamaba su subordinación al significante: ($\$ \diamond a$).

Por eso Lacan tratará, mediante figuras topológicas, de representar esta unión de los contrarios, si me permiten, esta conjunción de dos dimensiones profundamente distintas.

Evidentemente, al comienzo de su enseñanza, no dio ese valor al síntoma. Ante todo fue sensible a que este se descifrara como un sueño, destacando así su interpretación, y clasificándolo entre las formaciones del inconsciente. La misma palabra *formación* indica que se trataba ante todo de formas significativas. Las formaciones dejan de lado, si me permiten, el fondo de goce del síntoma, del sueño, del lapsus, etc., que es ese que Lacan designó a . La del fantasma sería entonces la

buena fórmula de todas las formaciones del inconsciente, que deben retomarse en la representación de la conexión entre el significante y el goce.

Entonces, este distanciamiento, este relieve que dibujo, que hago surgir, deja en la sombra el trabajo minucioso, maravilloso, de joyero, que Lacan llevó a cabo para producir e insertar este objeto a .

$$\begin{array}{c} \text{amboceptor} \\ (\$ \diamond a) \\ \uparrow \end{array}$$

En primer lugar, lo hizo nacer pensando la relación de a con el falo: $1/a \diamond \Phi$. En el fondo, la diferencia entre ambos es que el falo se liga a una forma imaginaria, mientras que a no. Entonces se elaboró esto en términos de que a es el objeto que colma la falta que deja la castración marcada por $-\Phi$. Llegado el caso, dio también una genealogía imaginaria del objeto a , que muestra sus determinaciones orgánicas, lo que encuentran en el seminario *La angustia*. Pasó, pues, de la referencia al falo a la del objeto a como algo más general.

Concomitantemente, fue la relación de a con el sujeto: $2/a \diamond \$$. La escritura del fantasma es pariente de $\frac{a}{-\Phi}$, es decir, inscribe el objeto a como un complemento del sujeto.

También pensó este objeto a en referencia al significante: $(a \diamond S)$, a la palabra, marcando que de algún modo esta se halla infiltrada de goce. Y aunque no dio un símbolo para esto, yo podría escribirlo $S(a)$.

En este registro, sostuvo que la interpretación del significante apunta de hecho al objeto a . Y poniendo de relieve la relación del objeto a con el significante, indicó que este objeto no tiene más que una consistencia lógica, descartando toda la genealogía orgánica que había podido darle.

Pero estos diferentes momentos de la construcción ceden ante el cuarto momento, en que pensó la relación del objeto a , condensador de goce, con el goce ($4/a \diamond J$), que escribo con un símbolo que ya utilicé, y que no es, propiamente hablando, de Lacan: J . Quizás alguna vez lo fue...

$1 / a \diamond \Phi$	1	2	3
$2 / a \diamond \$$	$\frac{a}{(-\Phi)} \left a \right $	<u>amboceptor</u>	$S(a)$
$3 / a \diamond S$		$(\$ \diamond a)$	
$4 / a \diamond J$		\uparrow	

En ese lugar, *a* cedió. Apareció la idea de una cápsula de goce, alojada en el fantasma, en la palabra, pero alejada de la experiencia, que es mucho más goce por todas partes. En la experiencia, la relación con el goce no está condensada, encerrada, aislada en una burbuja; en el fondo, no se le da límite.

Y si no se lo descifró del todo, fue porque Lacan había insistido por el contrario en el carácter de *plus de* del goce, en su carácter *en exceso*, en su carácter transgresivo (que es como lo aborda en particular en *El seminario 7*). El goce en todas partes es una mutación de su concepto de goce, y vemos que se efectúa en *El seminario 20, Aun.*

Esto ilumina de otro modo el *lo que eso quiere decir* de la palabra analizante, el *lo que eso quiere decir* de las formaciones del inconsciente; da la respuesta: *lo que eso quiere decir es el goce* –trabaja para el goce y lo expresa–. El goce no es solo trascendente, no es simplemente una finalidad que trasciende las formaciones del inconsciente o la palabra (en el sentido en que mi martillo trabaja para el goce), el gozar está en el decir.

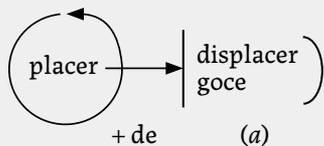
En resumen, no trascendencia del goce, sino inmanencia, que es la extensión conceptual del fantasma que Lacan llamó *sinthome*. Debió inventar un neologismo –que es de hecho un arcaísmo– para marcar que no se trata del síntoma–formación del inconsciente, sino del síntoma como el nuevo nombre de las formaciones del inconsciente: mientras que *sinthome* designa el conjunto de estas formaciones y, más allá, su fondo de goce, su fondo libidinal.

Como resultado, ya no se trata de levantar el síntoma, porque el *sinthome* aparece como una positividad, que hace perder al desciframiento freudiano su privilegio. Y esta es la dificultad, porque tenemos como fondo este desciframiento y es evidente que nuestros esquemas implican siempre un menos, una falta, mientras que la tesis del goce por todas partes exhibe una positividad a la que le es inmanente el goce.

Se trata de elaborar los conceptos que permiten captar que sin embargo ocurren transformaciones, aun cuando no tengan aspecto de franqueamiento o de revelación. No las llamaremos empero *transformaciones*, lo que supone el término *forma*, sino *mutaciones*. Se trata de mutaciones de goce que ocurren en la positividad del *sinthome*.

En definitiva, no es algo tan difícil de comprender, porque hasta este momento razonábamos en los siguientes términos. Hay un equilibrio –del aparato psíquico o del organismo– homeostático que se llama placer o que está consagrado por el placer. Y más allá, si forzamos estos límites, está el displacer o esta forma de placer

especial que llamamos goce, pero que linda con el *displacer* y que es en todo caso un *plus de*. Y esto permitía articular este suplemento que es, en relación con la homeostasis de placer, el objeto *a*.



Se trata de razonar de otro modo y de decir que la meta de un análisis, en relación con la positividad del goce, es disminuir el *displacer* que este causa y aumentar el placer del que es capaz. No es pues necesario razonar en términos de franqueamiento, sino en términos cuantitativos, de *más* o *menos* (el *menos* no es aquí una falta, queda positivo).

No es necesario razonar según una ruptura cualitativa, lo que siempre nos gusta (*¡Ah, hay un acto, entonces hay un antes y un después!*), es en el momento en que hay corte cuando obtenemos el plus de gozar, si me permiten, en las asistencias psicoanalizantes y psicoanalíticas.

Pero aquí se trata de otra cosa, justamente, de lo que podemos llamar arreglos. Se necesita que la cosa se arregle de otro modo para que la cantidad de *displacer* que les procura su síntoma disminuya y que ustedes estén más cómodos con él.

No se presta a las mismas declaraciones de *¡Aleluya, el hombre nuevo ha nacido, soy el divino hijo de mi análisis, comienzo de cero!*, que es el vagido del llamado al pase: renacer, despertar. En este caso, es mucho más modesto, es del orden de lo que Lacan nombra como *la satisfacción que marca el fin del análisis*. Uno está más cómodo en su miseria —está, pese a todo, más cerca de lo que se observa—; es decir, actuar de modo que el *sinthome*, en el mejor de los casos, empiece a darles placer, quizás los cure, les permita hacer una obra, como a Joyce, y tal vez les aporte una pequeña satisfacción.

Dicho de otro modo, no se trata de *atravesamiento*, que es del mismo registro que el franqueamiento, el despertar, la renovación (*Deja al hombre viejo detrás de ti, vuélvete el nuevo*); esto es lo imaginario del *atravesamiento* que Lacan explotó ante oyentes que en esa época eran revolucionarios... Les ofreció una revolución, para hacerse escuchar. No es el *atravesamiento*, pues, sino un *acomodamiento*, una medida.

De tal suerte que hace desaparecer un poco —no del todo—, que atenúa, la diferencia entre la detención del análisis y su final propiamente dicho. Constatamos

que el análisis se interrumpe, pero habrá que ver si se interrumpe en la satisfacción o en la insatisfacción. Por otra parte, es muy difícil saber la insatisfacción, no alcanza con irse del análisis diciéndole al analista *Usted es un estafador* para que de hecho no se esté, pese a todo, satisfecho con lo que se hizo allí. El analista puede ser un estafador, pero el analizante también... sin saberlo. A partir del momento en que la que juzga es la satisfacción, hay una diferencia entre detener un análisis o terminarlo, pero se trata de llegar a decirlo lo más exactamente posible.

¿Basta decirlo en términos de lucidez? Lacan concibió el atravesamiento del fantasma como una revelación, la del objeto causa. ¡Ah! ¡Ya lo veo! Veo analizantes que dicen *Me quedo en análisis puesto que no he encontrado mi objeto causa...* Siempre pueden buscarlo, porque depende de la relación con el goce, que está concebida como un *insight*. En ese caso, esta se piensa con el modelo de la relación con la verdad. Puedo concluir con esto por hoy, ya veré lo que encuentro para la próxima vez. Como no hay verdad del goce, es en vano que se busque el objeto causa, el *a* como la verdad de su goce. Se habla –y esto entró en el marote– del fuera de sentido del goce, pero este implica precisamente que no hay verdad del goce, que el goce está también fuera de la verdad.

Por lo tanto, hoy termino con una lección de modestia, de mesura. Lo más difícil de alcanzar no es el hombre nuevo, no es el nuevo nacimiento, no es la tierra prometida (el *sinthome* no tiene tierra prometida). Hay simplemente un *andar bastante mejor*. Cuando este se instala, cuando dura, cuando les cuesta menos –y más, en particular, el análisis–, pues bien, ya es suficiente.

Hasta la semana que viene.

11 de marzo de 2009

* Texto publicado en “Sutilezas analíticas”, capítulo XI, clase dictada el 11 de marzo de 2009, pp. 163-180.

CÓMO TIENE ÉXITO EL PSICOANÁLISIS

#32 JORNADAS ANUALES DE LA EOL

DIRECTORAS

Celeste Viñal
Silvia Chichilnitzky

CARTEL EPISTÉMICO

Blanca Sánchez
Lisa Erbin
Nieves Soria
Esteban Stringa
más-uno: Silvia Pino